

Un juez deja en suspenso la sentencia de divorcio de cuatro matrimonios mal avenidos que le refieren sus desventuras. Fallecida una prostituta, su rufián lamenta la irreparable pérdida tan solo hasta el momento de hallar nueva pareja. Cuatro candidatos a alcaldes exponen sus discutibles habilidades ante los regidores del pueblo. Un soldado y un sacristán, enamorados de una fregona, ponen fin a sus disputas sometiéndose a la elección de su amada. Dos cortesanos engañan a una prostituta con dos cadenas de oro, verdadera y falsa, haciéndose pasar uno de ellos por vizcaíno. Tres burladores muestran a unos aldeanos su maravilloso retablo visible solo para quienes sean hijos legítimos y no descendan de conversos. Leonarda y su criada cenarán en casa con el sacristán y el barbero; vuelto el marido, un estudiante deberá hacer uso de su ingenio para convertir a los dos amantes en diablos. Con ayuda de una vecina, Lorenza hace entrar y salir a un galán en presencia de su esposo y le describe su encuentro sin que nada sospeche.

Estas son las acciones de los ocho entremeses de Cervantes. Nada especial, podrá decirse. Pero al cotejarlos con los de Lope de Rueda o Quiñones de Benavente quedan patentes las divergencias. Pasos y entremeses de Rueda son prodigios de diálogo popular y de humor todavía en un primer estadio del género, con infinitas posibilidades de futuro. Quiñones ya ha operado la reducción de estas piezas a juguetes de un cuarto de hora sin más virtud que la diversión ni posibles segundas lecturas. En una etapa intermedia, Cervantes transforma los arquetipos de generaciones anteriores en seres de carne y hueso, con sus defectos, virtudes y problemas, que hablan en una lengua de múltiples registros, oída en la calle pero sometida a un proceso creativo renovador; sobre la burla omnipresente asoman complejas relaciones interpersonales, entre grupos sociales y sexos, reveladoras de ideologías en conflicto; a cada nueva lectura observamos aspectos inadvertidos. Han desaparecido los bobos, criados simples, gitanas o negras de Rueda, y en su lugar hallamos soldados, sacristanes, fregonas y prostitutas; ya no se roba comida o unas monedas, sino que las burlas están más elaboradas. Y eso que Rueda había empezado a actua-

lizar los viejos arquetipos heredados. Dicho de otro modo, Cervantes representa el punto culminante del género.

Tal vez por demasiado complejo los entremesistas posteriores olvidaron el modelo cervantino, poco apto a su juicio como simple relleno de comedia. Cuanto pasó entonces por defecto se ha convertido hoy en virtud. En efecto, al no poder representar sobre un escenario sus ocho comedias y entremeses, el dramaturgo pensó imprimirlos «para que se vea despacio lo que pasa apriesa». Olvidemos ahora si los escribió para el teatro o si los corrigió más tarde pensando en el lector antes que en el espectador.

Sea como fuere, la originalidad cervantina no queda aquí. De igual forma que en los dos *Quijotes* vierte su autor las unidades narrativas de una supuesta parodia satírica de los libros de caballerías en los moldes cómicos del entremés, así también, y de forma inversa, crea ocho entremeses sin olvidar su estructura básica pero agregando ingredientes más propios del relato que de la dramaturgia. Una segunda razón para que este esquema no fuera compartido. Sin embargo, la mezcla de géneros, desde antes de Brecht, resulta ser generadora de nuevas vías creativas. Jean Canavaggio observó justamente en el teatro de Cervantes un deseo constante de experimentar en todas direcciones con los materiales entonces disponibles, a fin de romper con lo consabido sin menospreciar la tradición. Porque esta es otra novedad de los entremeses. En ciertos aspectos Cervantes está muy próximo a Lope de Rueda, a sus personajes, situaciones y lengua; a la vez, cuanto más conservador parece, más nos sorprende renovando sus préstamos hasta lograr hacerlos casi irreconocibles. Tradición y novedad son dos caras de la misma moneda en Cervantes.

En prueba de que los ocho entremeses están fuera de su tiempo sin dejar de ser universales, echemos una ojeada a su ideología. Temas sexuales, económicos y de autoridad —los esenciales del ser humano—, casi siempre entremezclados, aparecen a cada paso, desde nuevos puntos de vista. Nos compadecemos de las miserias humanas de los personajes al tiempo que reímos con sus problemas. Cervantes nos ofrece maridos cornudos, adúlteras, prostitutas y estafadores, preguntándose siempre el móvil de sus conductas; nunca premia ni castiga, solo muestra el estado de la cuestión desde todos los ángulos posibles. Esto es así porque bajo la risa entremesil está presente la mirada humanista del Renacimiento que guía al autor incluso al escribir teatro menor. Reconozcamos

que en 1615 este criterio ya estaba trasnochado. De nuevo se obra el milagro, sin embargo. Aquellos valores entonces no compartidos resultan estar en la base de cuantos vienen a conformar nuestra sociedad actual. Así es como Cervantes no olvida la transgresión carnavalesca del entremés y la reconduce a nuevos ideales, según norma del género, pero con estilo más original y sorprendente que en las demás piezas breves.

En el siglo XVII solo contamos con la edición de las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados* (Viuda de Alonso Martín, Madrid, 1615), dispuesta sin ningún cuidado y repleta de errores. Carecemos de manuscritos, autógrafos del autor o no, de ninguna pieza. Esto significa que todas las ediciones posteriores derivan de la *princeps* de forma directa o indirecta y que el editor ha de ingeniárselas para averiguar qué escribió Cervantes en las numerosas ocasiones en que el texto ofrece problemas de lectura. Como prueba del escaso interés que siguió despertando la obra, baste comentar que la segunda edición está fechada en 1749, y la tercera, en 1816. Otros entremeses atribuidos a Cervantes sin duda no le pertenecen.

Nunca se representaron en su tiempo las ocho piezas cervantinas. Durante el siglo XVIII pasaron casi inadvertidas, y solo en la segunda mitad del XIX y comienzos del XX empezaron a subir al escenario. Faltan datos para establecer dónde y cuándo se puso en escena por vez primera un entremés de Cervantes. Abundaron en otro tiempo las representaciones universitarias y similares, no así las comerciales; a fines del siglo XX y comienzos del XXI ya podemos considerar estas obras, junto con algunas de las atribuidas, felizmente recuperadas para el teatro. De forma discontinua se han ganado un puesto entre otros clásicos más habituales en las tablas.

Puesto que Cervantes se decidió a publicar sus textos para que fueran leídos, empecemos leyéndolos con sosiego. Descubriremos una obra que merece ser colocada en un segundo lugar de excelencia después del *Quijote*.